7140

BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

MILAGROS

Juguete cómico

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS

Representado con extraordinario éxito en el Teatro ESLAVA el 20 de Enero de 1887.

MADRID
ERRIQUE ARREGUI, EDITOR
Atocha, 64, segundo izquierda
1887

16

MILAGROS

Juguete cómico

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

DON EDUARDO JACKSON CORTÉS

Representado con extraordinario éxito en el Teatro ESLAVA el 20 de Enero de 1887.

MADRID: 1887
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MILAGROS.....	Srta. D.ª Lucía Pastor.
AMALIA.....	Sra. D.ª Felisa Boisgontier.
MANUEL.....	Don Antonio Riquelme.
GREGORIO.....	» Emilio Mesejo.

Por derecha é izquierda se entenderá la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO DRAMÁTICA *de D. Enrique Arregui son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, de cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA aparece sentada haciendo media. Dan las diez.

AMAL. Ocho... nueve... y diez. (Contando las campanadas.) Anoche á las ocho se fué don Manolito, mi señor marido, á la oficina, según me dijo, y todavía no ha vuelto! A la oficina! No será mala oficina donde él vaya! Libertino!... Inconstante!... Mal esposo!... Hombre! y está dicho todo! Si esto hace á los nueve meses de casado, qué será después?... Se queja de mí porque hago media; porque soy mujer de mi casa; porque no me gusta el lujo, ni los paseos, ni los bailes, ni los teatros!... Los teatros! buenos están ellos con su realismo y su escuela francesa! *La cruz del matrimonio!...* esa es mi comedia favorita! Mi marido piensa al contrario, dice que mi sistema de vida le aburre y le desespera, que no soy yo la mujer que él buscaba. Que á él le gusta una mujer de emociones... Pillo! yo te daré emociones.

ESCENA II.

AMALIA y GREGORIO.

GREG. Señorita, ya están hechos todos sus encargos.
AMAL. Bien.
GREG. El señorito queda en la puerta hablando con un amigo. Tan distraído está que ni siquiera me ha visto.
AMAL. Voy á guardar la media antes que suba. Tú, ya sabes. (Indicándole el silencio.)
GREG. Descuide usted, señorita. (Vase Amalia puerta izquierda.)

ESCENA III.

GREGORIO y á poco MANUEL por el foro.

GREG. Buena se la están armando al señorito entre mi ama y su hermana. A mí me conviene, porque á río revuelto...
MAN. Adios, Gregorio.
GREG. Buenos días, señorito. (Le toma el sombrero.)
MAN. Estoy rendido! (Se sienta.) Dame un vaso de agua. (Gregorio lo hace.)
GREG. Está usted malo?
MAN. Malo... precisamente, no.
GREG. Está usted pálido!
MAN. No es extraño.
GREG. Ha pasado usted mala noche?
MAN. Muy mala! Y no es eso lo peor, sino lo que me espera! Esa mujer es un demonio!
GREG. Lucrecia?
MAN. Lucrecia.
GREG. Y dónde fué usted á tropezar con esa alhaja?
MAN. La conocí hace dos meses en una casa donde me presentaron: allí jugábamos al tute. Ella vivía entonces con un señor de cierta edad. Jugábamos; y tute fué .. que...
GREG. Sí; que le acusó á usted las cuarenta.
MAN. Va á ser mi ruina... Mi perdición! Y la señorita?

GREG. Ahora poco estaba aquí.
MAN. Levantada ya!
GREG. No señor. No se ha acostado.
MAN. Ha pasado la noche en vela!
GREG. Así parece.
MAN. Habrá estado haciendo media.
GREG. De todo ha habido. A primera hora estuvo ahí ese oficialito de Estado mayor...
MAN. El primito.
GREG. Yo no sé si es primo; pero tiene cara de ello.
MAN. Bueno, basta! Quién te mete á tí?..
GREG. Señorito, si yo no me meto. Es usted quien me mete. (Pausa.)
MAN. A qué hora vino el primo?
GREG. En seguida que usted se marchó.
MAN. (En seguida!... Estaría esperando que yo saliera?) Y á qué hora se fué?
GREG. A las doce.
MAN. (Cuatro horas!) Estaría charlando, como de costumbre.
GREG. De todo hubo.
MAN. Cómo!
GREG. Estuvieron jugando.
MAN. Jugando!
GREG. Sí, señor. Al tute.
MAN. Al tute!
GREG. Eso me dijo Rosalía, la doncella.
MAN. Yo tengo la culpa! Soy un pillo!
GREG. Eso dice la señorita.
MAN. Pero no; no soy un pillo.
GREG. Eso digo yo.
MAN. Tú! Tú no tienes nada que decir!
GREG. No! si yo no digo nada.
MAN. (Al tute!...) Me parece que te vas tomando muchas confianzas conmigo!...
GREG. Líbreme Dios, señorito! Las que usted me da y nada más. Me dice usted que le gusta irse de picos pardos... Pist! (Se encoje de hombros.) Me dice usted que tiene una Lucrecia... Pist! Que le cuesta un ojo de la cara... Pist! Me dice usted que no tiene dinero; que le empeñe el reloj y las sortijas... Pist! Yo no sé más que lo que usted quiere que sepa.

MAN. (Tiene razón) Un hombre de ciertas condiciones como yo .. necesita vivir de cierto modo.

GREG. Cierto

MAN. Un político de alguna importancia... Un empleado de mi talla necesita tener, por lo menos, una Lucrecia!

GREG. Eso, por lo menos.

MAN. Y vuelta á contestar!

GREG. Me dirije usted la palabra...

MAN. Yo no hablo contigo. Hablo conmigo mismo.

GREG. Ya, vamos; son apartes como los de las comedias.

MAN. Eso es.

GREG. Bueno; entonces, ya me avisará usted cuando debo oirlo.

MAN. Qué mujer!... (Gregorio no le atiende y silba muy bajito.) Por ella tuve anoche en las máscaras un disgusto, y hoy tengo un lance de honor. (Gregorio silba.) y francamente, me preocupa. Yo no soy cobarde; pero no me gusta!... Eso de ir al Hipódromo á dar un intermedio de clown, no me hace gracia; vamos. No te parece. (Gregorio silba.) Pero no me oyes?

GREG. Dispense usted; creí que era un aparte.

MAN. Haz el favor de oirlo todo y no me fastidies con tu indiferencia!

GREG. Lo que usted mande.

MAN. Tira de ahí. Quiero quitarme el frac antes que mi mujer me vea con él. (Le quita el gabán y el frac.) Dame el gabán. (Gregorio deja el frac sobre una silla y le ayuda á ponerse el gabán.) Ha venido alguien?

GREG. Sí señor.

MAN. Quién?

GREG. Una mujer.

MAN. Guapa?

GREG. Modista.

MAN. Qué traía?

GREG. Un papel.

MAN. Y qué quería?

GREG. Dinero.

MAN. Pues llega en buena ocasión .

GREG. Eso digo yo.
MAN. Te dejó la cuenta?
GREG. Aquí está.
MAN. (Leyendo.) «La coqueta.»
GREG. Bonito título tiene la modista!
MAN. Por un vestido de gró con adornos blonda... Mil pesetas. Por un traje de baile... Dos mil. Por un abrigo de terciopelo brochado... Mil quinientas. Por un traje de amazona... Quinientas. Total... Cinco mil pesetas. Esta es la cuenta de la ropa que se ha hecho Lucrecia.
GREG. Ya lo supongo.
MAN. Qué te parece?
GREG. A mí, bien.
MAN. Como tú no lo pagas!...
GREG. Pues por eso.
MAN. Esto lo pago yo.
GREG. Ya lo sé.
MAN. Además... el coche... el abono del Real...
GREG. Usted es rico...
MAN. Sí; pero no es eso. Es, que además de lo que me cuesta, me expone á muchos compromisos! Anoche mismo, porque un turco la pisó un pie, le pegó una bofetada. Y no contenta con eso, se vuelve á mí y me dice... *Anda con él!* El hombre se empeñó en que me había de devolver á mí el sopapo; lo detuvieron...
GREG. Y ella?
MAN. Ella me decía... *Anda con él!* En fin; que cambiamos tarjetas, y hoy espero á los padrinos.
GREG. Buena mujer.
MAN. Eso sí; como buena, lo es! Tan impresionable!... tan llena de emociones! Que es lo que yo hasta cierto punto apetecía... Pero tiene un carácter, que le pega un bofetón al lucero del alba. Y á todo esto no he conseguido de ella más que favores inocentes; esperanzas para el porvenir.
GREG. Dicen que la esperanza mantiene al hombre...
MAN. Es seductora! Qué voz tan dulce!... Ha sido operista!
GREG. Entonces, cantará... en la mano!
MAN. Ya lo creo!

GREG. Menos mal. Ah! También han traido esto. (Le da un papel.)

MAN. *Ansorena. Diamantista. Por un medio aderezo... Dos mil quinientas pesetas.*

GREG. Pues le sale á usted por una friolera la tal Lucrecia.

MAN. Y el caso es que no hay medio de negarla nada. Tiene un modo de pedir tan dulce!... Es tan fina... tan candorosa, cuando no le entra el vértigo!... Tiene un gancho!... Anoche me sacó los últimos diez mil reales que tenía.

GREG. Ya ve usted si tiene gancho!

MAN. Y es mujer de mucho talento .. De una esmeradísima educación! Pero cuando se enfada!...

GREG. Ella cree que es usted soltero?

MAN. Sí.

GREG. Pues cuando sepa que es usted casado...

MAN. No me lo digas, por Dios, Gregorio; no me lo digas! Esa idea me aterra más que la del Hipódromo! Pobre Amalia mía! La mataba, come mató á su marido!

GREG. Que mató á su marido!

MAN. Por celos. Con un veneno lento!

GREG. Y anda suelta?...

MAN. Lo mató en España.

GREG. Ya! Pues yo, señorito, la mandaba á paseo.

MAN. Si ya no puedo! Si es que la tengo miedo!... Quién? (Aparece en la puerta un criado con una esquela en la mano. Gregorio sube al foro: despide al criado, y baja con la carta que entrega á don Manuel.) Estoy tan nervioso, que cualquier cosa me asusta. Qué será! Esta letra!... Dios mío, esta letra!... (Abre y lee.)

GREG. Qué es eso, la cita para el Hipódromo?

MAN. Ojalá! No; es mucho peor!... Oye. *Me han dicho que estás casado! No me atrevo á creerlo! Si es cierto, ay de tí! ay de mí! y ay de ella!* Con tres cruces y veinte admiraciones en forma de cipreces. Va á venir!... No me cabe duda!...

GREG. Será capaz?

MAN. Lucrecia es capaz de todo!

GREG. Márchese usted.

MAN. ¡Imposible! Cómo dejo yo á mi pobrecita Amalia sola con esa pantera. La devora! Mi mujer! Vete... y silencio! Si viene Lucrecia, no la dejes pasar!

GREG. Haré lo posible...

MAN. Veinte duros te doy si no la dejas pasar!

GREG. Corriente. (Qué tontos son estos señoritos!) (Vase.)

ESCENA IV.

MANUEL, y muy á poco AMALIA.

MAN. Y sobre todo, pongámonos serio. Disimularemos. Egem! (Sale Amalia puerta izquierda.)

AMAL. Buenos días, caballerito... (Muy amable.)

MAN. Buenos días!

AMAL. Al fin has vuelto!... Ya era hora! Ingrato!... Desagradecido!... (Con dulzura triste.)

MAN. No me vengas con la retahila de siempre; porque estoy de mal humor, y si tomas el tono lastimero y triste, tomo yo la puerta, y me vuelvo á marchar por donde he venido.

AMAL. Perfectamente! Conozco el sistema. Reñir, para no ser reñido.

MAN. Pero si tú no riñes nunca!

AMAL. Entonces, de qué te quejas?

MAN. De eso, precisamente. Porque si nunca reñimos, nunca hacemos las amistades!

AMAL. Y para qué queremos hacer las amistades, si las tenemos siempre hechas!

MAN. Pues de eso me quejo! Todo lo monótono me desespera y me aburre!

AMAL. Pero, Manuel de mi alma, si Dios me hizo así .. Es mía la calpa de tener un carácter tan dulce?

MAN. Pues á mí me gustan las mujeres agrias. El mucho dulce también empalaga!

AMAL. No decías eso antes de casarte.

MAN. Es que antes de casarse dice uno tantas cosas!... Yo quiero una mujer que llore, que rabie, que chille, que se tire de los pelos, que patee... que me ponga como un trapo... que me pegue, si es preciso!

AMAL. Así son los hombres! Todas las mujeres son buenas menos la suya! Bien me lo decía mi hermana que tiene mucho más talento que yo.

MAN. No empieces á encomiarme las excelentes cualidades de tu señora hermana, porque no quiero ni aun oir hablar de ella! Ya lo sabes!

AMAL. Pero, si no la conoces!

MAN. Ni quiero...

AMAL. Está en Puerto Rico, donde fué hace dos años á recoger la herencia de su difunto esposo.

MAN. Ojalá estuviera en Filipinas! Cuñadas!... Uf! Las odio!

AMAL. Haces mal, porque yo la quiero mucho. Ella me ha servido de madre.

MAN. Peor que peor; será una cuñada con honores de suegra. Mueran las suegras! Este ha sido siempre mi grito de guerra.

AMAL. Pues la pobre pocos motivos te ha dado para que la odies; ni aun para la boda pudo venir. Mi tía se encargó de todo.

MAN. Mueran las tías.

AMAL. Pero, hombre, tú quieres que muera todo el mundo!

MAN. Hablemos de otra cosa. Ya sé que no te has acostado.

AMAL. No.

MAN. Y qué has hecho en toda la noche?

AMAL. Pensar en tí.

MAN. Pensar en mí... y jugar con tu primo al tute.

AMAL. En algo habíamos de pasar el rato...

MAN. Qué casualidad! Casi siempre viene cuando yo no estoy en casa!...

AMAL. Como tú eres tan trabajador, tan esclavo... de tu deber... que siempre estás... en la oficina. (Con intención.)

MAN. Ya!...

AMAL. Y como tú le pones una cara tan seria... el pobre chico te tiene miedo.

MAN. Miedo, eh!... miedo! Lo que tiene ese caballerito es mucho miedo y poca vergüenza! Hazme el favor de no jugar más al tute con él.

AMAL. Bueno.

MAN. Bueno!... (Remedándola.) Esta mujer no se enfada por nada! Ni aún me ha preguntado dónde he pasado la noche!

AMAL. Quieres que te pregunte dónde has pasado la noche; quieres que me enfade... Pues voy á darte gusto, voy á enfadarme... Sí, señor; y lloraré, y chillaré, y patearé, y te pondré como un trapo!... Ahora verás!... Ejem! Ejem! Mira como toso para hacer coraje!... Prepárate, que allá voy!...

MAN. (Distraeremos el mal humor.)

AMAL. Dónde ha estado usted, señor mío? (Procurando enfadarse sin conseguirlo.)

MAN. Amalia...

AMAL. Yo no soy Amalia!

MAN. Mujer...

AMAL. Yo no soy mujer!... Digo. . sí! Digo no!... Digo!.. En fin; yo no sé lo que me digo, porque estoy hecha una furia! Le parece á usted justo salir de su casa á las ocho de la noche y volver á ella al otro día á las diez y pico de la mañana, teniendo á su mujer, á su pobrecita mujer, casi toda la noche jugando al tute con su primo? Le parece á usted justo, diga usted, caballerito? Hum!... Mira como chillo! Hum! Mira; mira como pateo y me tiro de los pelos!... Ahora, voy á llorar. Qué desgraciada soy!... (Fingiendo llorar amargamente.)

MAN. Pero, Amalia, te has vuelto loca!

AMAL. Déjeme usted en paz!... Yo me tengo la culpa!... Mejor hubiera sido que me hubiera casado con mi primo, que es un chico cariñoso y dulce como yo! A buen seguro que él no me hubiera dejado sola ni una noche siquiera!... No; no me vengas ahora con mimos y caricias... Que no me abraces!... Que no me beses!... Que no me beses, te digo.

MAN. Eso quisieras tú

AMAL. Hum! Tonto! (Haciendo un gesto cariñoso y de burla.) Ahora vuelvo á enfadarme Dónde has estado, pillo.., tunante; dónde has estado?. . Te pego?

MAN. Como quieras.

AMAL. No; eso no, porque me dolería á mí. Vamos, ves como yo también sé enfadarme?

MAN. Ya lo veo!... Eres una actriz... de punta! Pero dejemos eso, y hablemos con formalidad.

AMAL. Pues bien; formalmente, y ante todo, dónde has estado?

MAN. En el Ministerio.

AMAL. En el Ministerio... hasta ahora!

MAN. Hasta ahora.

AMAL. Y sin comer?

MAN. No: allí se come y se habla al mismo tiempo.

AMAL. Conque en el Ministerio... y de frac! (Tomándolo.)

MAN. Claro! Qué menos ha de vestir el secretario particular de un señor Ministro!

AMAL. Pillo! Te advierto que este... *pillo*, es natural! De quién es este abanico? (Mirando el bolsillo del frac.)

MAN. Mío. (Turbado.)

AMAL. Tuyo! Tuyo un abanico de nacar!

MAN. De qué menos lo ha de llevar el secretario particular de un señor Ministro?

AMAL. Abanico en Enero!

MAN. En los Ministerios hace siempre mucho calor. Como se habla tanto!..,

AMAL. Y con versitos y todo; coquetón! A quién están dedicados estos versos?

MAN. A mí. (Titubeando.)

AMAL. Veamos.

MAN. No los leas!

AMAL. Por qué? (Lee.)

Esclavo de tus antojos
me han de tener tus enojos,
ya en invierno, ya en verano,
siempre entre nieve tu mano;
siempre entre fuego tus ojos.
Mas, ay! de mi poesía
si el copo de nieve fría
que el abanico suspende,
no puede apagar un día
lo que tu mirada enciende!

Muy bien! Perfectamente! Conque tus ojos son

de fuego! Conque tu mano es un copo de nieve! Já! Já! Tú has estado en el baile!

MAN. No.

AMAL. Sí. Y este abanico...

MAN. Este abanico me lo encontré.

AMAL. Embustero! Ahora sí que siento de veras... Ahora sí que necesito llorar!...

MAN. Pero, mujer...

AMAL. Déjame, hombre; que necesito llorar! (Vase puerta izquierda.)

ESCENA V.

MANUEL y á poco GREGORIO y MILAGROS.

MAN. Claro que he estado en el baile. Con Lucrecia. Pero ella tiene la culpa. Nunca quiere venir conmigo; y yo, solo, no he de bailar. Y es muy buena... Es un angel; pero los ángeles están muy bien en el cielo. El mundo es un infierno, y yo quiero que las mujeres tengan algo de demonio. Una mujer que en nueve meses que llevamos de matrimonio no me ha dado ni un disgusto, ni un hijo! Ni uno solo, en nueve meses, señor! Esto no hay quien lo sufra! Yo quiero tener media docena de chiquillos!... Quiero emociones!... (Se oye dentro una bofetada.) Lucrecia; no me cabe duda! La conozco en el modo de insinuarse! Esto es peor que todo! Dios mío de mi alma, qué va á suceder aquí! Mi pobrecita, Amalia que es tan... dulce! Se la come como un merengue. Qué ha sido eso? (Salen Gregorio y Milagros por el foro.)

GREG. Esta señora, que porque no la dejaba pasar, me ha dado un bofetón!

MILAG. *Prendi.* (Le da una moneda.) Este es mi sistema. Bofetón, y cinco duros.

GREG. Menos mal. (Manuel se queda estuperfacto.)

MILAG. *Yusto chelo*! Qué bien se retrata el delito en el semblante del criminal! Vete! O es que quieres ganarte otros cinco duros!

GREG. Yo...

MILAG. *Fuchi*!

GREG. *Fuchi?*
MILAG. Que te vayas, hombre!
GREG. Bueno; pues *fuchi.* (Vase Gregorio por el foro.)

ESCENA VI.

MILAGROS.—MANUEL.

MILAG. Levante usted esa cabeza! (Se la levanta.) Míreme usted frente á frente! Míreme usted!
MAN. Ya la tengo vista.
MILAG. Que me tiene vista! Pues aun no ha visto usted lo mejor! Este semblante, pálido y descompuesto, no sabe usted lo que anuncia. *Tempesta in chelo*! Sabe usted lo que quiere decir esto? Que el sufrimiento llegó á su colmo! Que el templo de mi amor se tambalea! Que el crater se desborda... Que la tempestad ruge... y que el trueno se aproxima! (Imitando, si es posible, en sus arranques al eminente actor Vico.)
MAN. (En qué vendrá á parar esto!)
MILAG. Míreme usted frente á frente. (Manuel duda.) Levante usted esa cabeza y míreme usted á la cara! (Bruscamente.) Así... (Muy dulce.) Como en nuestras mejores horas! Como cuando te quedabas estasiado contemplando el fulgor de mis pupilas! . Como cuando jugábamos al tute!... Te acuerdas, perjuro, te acuerdas?.. Ah! qué tiempos aquellos!... Volaron! Volaron!... Volaron para no volver jamás! (Transición.)
MAN. (Vico, en un drama de Echegaray.) (Ay, si sale mi mujer!)
MILAG. Míreme usted frente á frente.
MAN. Otra vez!
MILAG. Míreme usted bien.
MAN. Ya la miro.
MILAG. Yo soy la última rama de uno de los troncos más distinguidos de Italia. Vengo por línea recta de los Borgias. Mi padre fué tres veces grande, por cuya razón le suplico encarecidamente que disculpe mi arrebato de hace poco para con

su criado. Como no están reñidos los arranques imprevistos del temperamento con la educación y las buenas formas, hablo de las formas sociales, hé aquí que yo, amamantada desde los primeros años en el más estrecho círculo de la urbanidad y de la cortesía, suelo cometer alguna que otra ligera faltilla, como la que presenció. Aunque nacida en España, la lava del Vesubio circula por mis venas. Padezco de arrebatos de cólera; de sacudimientos nerviosos que me suelen acometer con bastante frecuencia. Por lo demás, soy una señora en toda la extensión de la palabra... Usted lo sabe... (Muy fina.)

MAN. Yo!...

MILAG. Qué! No sabe usted que yo soy una señora. (Arranque.)

MAN. Sí, señora; sí! A la vista está

MILAG. Ese... *á la vista está* lo ha dicho usted con retintín? Porque una palabra... un gesto... una mirada, una sola, basta para exaltar mi sistema nervioso y entónces no! .. no!... no! no respondo de mí! (Arranque.)

MAN. No, no, no! Señora, no; lo he dicho sin retintin. (Imitándola.)

MILAG. En ese caso, retiro mis nervios. (Calmándose.)

MAN. (Estoy temblando por mi pobrecita Amalia!...) Lucrecia, retírese usted. Yo la iré á buscar enseguida.

MILAG. Y para qué me ha de ir á buscar, si me tiene á su lado? Ya sabe usted quién soy, y ya comprenderá que una mujer como yo no se deja engañar impunemente. Usted me ha engañado, y ese engaño, si!... sí!... sí! se paga con la vida!

MAN. Pero si yo no la he engañado. La he prometido alguna vez que me casaría con usted?

MILAG. Tampoco me ha dicho usted que era casado; y yo abrigaba la esperanza... la *dolche esperancha* de ser su esposa algún día; de unirme con usted al venturoso carro del himeneo!

MAN. No faltará quien le ayude á tirar del carro. Yo, ya lo sabe usted, estoy uncido.

MILAG. *Cuesta es la nostra chentencha di morte*!... Los

tres moriremos, *io te lo yuro*! Donde está esa mujer? Será muy hermosa, lo creo! Siempre fué la desgracia patrimonio de la hermosura! Donde está? Quiero verla; quiero contemplar esa belleza que en breve ha de marchitar la viudez! Quiero estrecharla entre mis brazos, como estrecha su presa la pantera vengativa! Dónde está esa *maledeta donna* que me disputa su amor; que me roba sus caricias; que me arrebata y agosta en flor el poético vergel de mis ilusiones! Ah!... *Sangüe*!.. *Sangüe*!...

ESCENA VII.

Los mismos. — Amalia.

Milag. Amalia!... (Transición.)
Amal. Lucrecia! (Se abrazan y besan con mucha alegría.)
Man. (Ahora sí que no lo entiendo!)
Milag. Y doña Paulita?
Amal. Mi tía? Buena.
Milag. Y su hermanita de usted, la rígida doña¡Milagros?
Amal. En Puerto Rico.
Man. Pero, vamos á cuentas. Ustedes se conocían?
Milag. Ya lo creo; y poquito que nos queremos!
Amal. Como que ha sido mi profesora de música!...
Milag. Y de tute!...
Man. (De tute!)
Milag. Y su primito de usted, el que estudiaba para Estado Mayor?
Amal. Tan bueno.
Milag. Sigue haciéndola el amor?
Amal. No! Ya no!
Milag. Le ha dado usted calabazas.
Amal. Por fuerza!
Milag. Es tontería. La primera pasión nunca se olvida. Aún volverán ustedes á las relaciones...
Man. (Pero que está diciendo esta mujer!)
Milag. Y con quién vive usted aquí? Con su tía?
Amal. No! Con mi marido. (Señalando á Manuel.)
Milag. Su marido... *Gran Dío*! Este!... Este es su marido de usted!

AMAL. Pues está claro.
MILAG. Ay!... Ay!
AMAL. Qué es eso?
MILAG. Los nervios! Pero está usted segura de haberse casado con él? Lo sabe usted bien?
AMAL. Calcule usted si yo lo sabré!
MAN. Sí señora! Es mi mujer! Hemos concluido!
MILAG. Su mujer! .. Ay! .. Esa palabra me ha dado la puntilla. Valor. No hay más remedio! Hágame usted el favor de un poco de agua, para calmar, si es posible, mi excitación nerviosa. Um!... Vamos, hombre, ande usted pronto!
MAN. Voy, señora: voy.
MILAG. Viene ese agua, ó no?
MAN. Aquí está.
MILAG. Gracias. Estos son unos polvos calmantes, que llevo siempre conmigo. (Saca una cajita con unos polvos blancos: duda: los echa en el agua. Abraza á Amalia, lanza una mirada á Manuel y bebe resueltamente.) Ya no hay remedio!
MAN. Pero señora...
MILAG. *Tachi*! Pobre amiga mía! Por usted siento compasión!
MAN. Qué pasa?
MILAG. Que está usted viuda.
MAN. Viuda!
AMAL. Qué!
MILAG. Ese hombre será sentenciado á muerte!
MAN. AMAL. A muerte!
MILAG. Sí, *io morro*!... El agua... los polvos... Estoy envenenada. *Infeliche*!
MAN. AMAL. Envenenada!
MILAG. Todavía me quedan dos horas de vida! Conozco el efecto del veneno! Ay!... Estos no son más que los preludios... la sinfonía. Luego vendrá el *rondó finale*: *la morte*; *la plachida morte*! *Gran Dio*! *morir sin yovane*, *io che e penato tanto*!...
AMAL. (Será verdad?)
MAN. (Qué se yo; esta mujer es capaz de todo.)

AMAL. (Como estas operistas se mueren cantando...)

MILAG. Todo lo dejo dispuesto. Mi entierro... su castigo... la *mía vendeta*! Aquí vendrán á recoger mi cadaver, y luego vendrán por él. Se lo llevarán al abanico: le pondrán el capuchón! y luego...

MAN. Luego... al baile.

MILAG. Luego al patíbulo... el verdugo...

AMAL. Ay, Dios mío!

MILAG. He dejado en poder de la policía un papel firmado por mí, en que digo... Muero envenenada por don Fulano de Tal, que vive calle de tal, etcétera, etcétera. Y usted es el fulano.

MAN. Demonio!

AMAL. Ay! A mí se me blandean las piernas! Pero por qué?

MAN. Qué se yo!

AMAL. Qué tienes tú que ver con esa mujer?...

MAN. Yo? Nada. Debe estar loca! Yo no la he visto en mi vida!

MILAG. Uf! Qué calor! Deme usted el abanico que me quitó anoche en el baile para escribirme los versos.

AMAL. Luego es verdad!

MILAG. Sí, amiga mía; y tan verdad!... Ay!...

MAN. Señora, hágame usted el favor de irse á morir á otra parte!

MILAG. Quéjate, ingrato; cuando he querido morir á tu lado.

MAN. Muchas gracias. Pero, cá, no es verdad.

MILAG. Pronto se convencerá de lo contrario.

MAN. Pero esos polvos...

MILAG. Es el veneno que me sobró de mi marido. Pronto emprenderé el mismo viaje!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. — GREGORIO.

GREG. El coche está á la puerta.

MAN. Qué coche?

GREG. El de la funeraria.

AMAL. Ay qué miedo!
MAN. Pero es verdad?
GREG. Sí, señor. Pase usted... (Dirigiéndose al foro.)
MAN. }
AMAL. } No; que no pase!
MILAG. Todavía es pronto. Que vuelva.
MAN. Y que traigan dos cajas porque yo me pego un tiro!
MILAG. No; que traigan una grande para los dos!
AMAL. No; para los tres.
GREG. Vamos, *chica* y *grande* (Vase Gregorio.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, menos GREGORIO.

AMAL. Yo me muero!
MAN. No, Amalia mía: no te mueras tú, por Dios!
AMAL. Yo me caigo! Manuel!
MAN. Qué? (Corriendo á ella.)
MILAG. Ay! Manolito!
MAN. Qué? (Corriendo á ella.)
MILAG. Sujéteme usted este brazo! (Lo mueve convulsivo.)
AMAL. Ay! (Blandeándosele las piernas.)
MAN. Voy.
AMAL. Ay!... Ay! (Desmayándose en un sillón.)
MAN. Gregorio!

ESCENA X.

LOS MISMOS y GREGORIO.

GREG. Señorito.
MAN. Sujeta aquí. (Gregorio sujeta á Milagros, la cual le da un bofetón. Manuel corre al lado de Amalia.)
MILAG. Um!... (Bofetón.)
GREG. (Ya me gané cinco duros.)
MAN. Amalia... (Bofetón.)
GREG. Diez.
MAN. Vuelve en tí! (Bofetón.)
GREG. Quince!
MAN. Yo te prometo la enmienda! (Bofetón.)

GREG. Veinte!

MAN. Voy por el éter. Gregorio, trae para esa señora... agua y sal... Aceite... Petróleo! (Vase puerta derecha.)

GREG. Voy. (Vase foro izquierda.)

ESCENA XI.

AMALIA.—MILAGROS y enseguida MANUEL y GREGORIO. En cuanto se ven solas, se incorporan, se rien y corren á abrazarse y besarse.

LAS DOS. Já! Já! Já!

AMAL. Qué tal?

MILAG. Bravo! Muy bien! Somos dos actrices de primer orden! (Salen Manuel y Gregorio.)

MAN. El éter!

GREG. El petróleo!

MAN. Qué significa esto? (Al verlas besarse)

MILAG. Que ya estamos buenas y que nos hemos hecho amigas inseparables.

MAN. Amigas!

AMAL. Como lo oyes.

MAN. Es imposible! Tú no puedes ser amiga de esa señora!

AMAL. Vaya si puedo: y desde ahora, seguiré su ejemplo en todo.

MAN. Su ejemplo! No lo permito! Señora, suplico á usted que se retire de esta casa.

AMAL. Cá! No se vá!

MILAG. Cá! No me voy.

MAN. Que no? Gregorio, pon en la calle á esa mujer! (Pausa)

GREG. Je! Je!

AMAL. Je! Je! (Manuel los mira alternativamente estupefacto.)

MILAG. Je! Je!

AMAL. Tonto!

MILAG. Tonto!

GREG. Tonto! (Manuel le pega un puntapié.)

AMAL. Doña Milagros Espinosa, mi hermana.

MAN. Tu hermana! Mi cuñada... Viva mi suegra! digo mi cuñada.

MILAG. Esa confesión, recompensa todos los malos ratos que me has hecho pasar. Hace dos meses regresé de Puerto Rico. Enterada de lo que ocurría os he querido curar á los dos, y creo que lo he conseguido.

AMAL. A mí sí.

MAN. Y á mí también.

AMAL. Desde hoy iré contigo á todas partes.

MAN. Eso, eso! Y cuando haga mal tiempo, nos quedaremos en casa... y jugaremos al tute.

AMAL. Eso, eso! Mira. (Señalando al interior izquierda.)

MAN. Qué trajes tan bonitos!

MILAG. Los que usted me compró...

AMAL. Que se han hecho á mi medida.

MAN. Ay, cuñadita de mi alma, tienes más talento! Has hecho un verdadero milagro.

MILAG. Como que Milagros es mi nombre.

MAN. Ya no te separarás de mi lado.

MILAG. No, hijo mío, dispensa por ahora. Pero...

MAN. Pero qué...

MILAG. Que te puedes acordar de Lucrecia, y no me fío de tí. (Bajo y aparte á él.)

MAN. Milagros.

AMAL. Qué?

MILAG. Nada; le decía que ya es hora que vayas pensando en el nombre que se le ha de poner al huesped que viene de camino...

AMAL. Vamos!...

MAN. Cómo! De veras! Viene?...

MILAG. Sí; de Aranjuez! en una cestita de flores.

MAN. Viva mi cu... (Milagros le mira.) Digo; no: viva mi mujer!

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS.—GREGORIO.

GREG. Señorito! Esperan dos señores vestidos de negro.

MAN. Los padrinos! El Turco!

MILAG. Nuestro tío el médico... El señor de cierta edad que vivía conmigo cuando te presentaron en mi casa.

MAN. Os habeis puesto todos de acuerdo para engañarme.

MILAG. No, para desengañarte. Dí á esos señores que muchas gracias, y que pueden retirarse, que la comedia ha terminado.

MAN. Pues renazco á nueva vida
por Milagros mi cuñada,
concédeme una palmada
aunque *Milagros* te pida.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sín cuyo requisito no serán servidos.

Precio, UNA peseta.